

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

UNA ANÉCDOTA SOBRE EL INFIERNO PERSONAL

Se despertó tendida en el medio de la Peatonal 5 del Centro de Tammerlane.

Recordaba que se llamaba Lucena, que tenía 34 años, que su pie izquierdo tenía 6 dedos, y nada más.

Cuando se puso de pie, se abalanzó con fuerza sobre un hombre de traje que pasaba por allí. El individuo retrocedió unos pasos.

- ¿Dónde estoy? – le preguntó aferrada de las solapas, aterrorizada.

- En Tammerlane.

- Tammerlane?

- Un Pueblo, el Mundo, el Planeta... - se explicó el hombre.

- Ayúdeme! Me he perdido! No me acuerdo donde queda mi casa, quién es mi familia!!...

El hombre forzó las manos de la mujer. No le importó retorcerle los dedos: el miedo a ser asaltado lo superó.

Ella retrocedió unos pasos, alterada, y se volvió a toda la gente.

- Necesito que alguien me lleve a mi casa!

Pero nadie se animaría a semejante cosa. El Pueblo vivía el infierno del terror a ser asaltados, elegante fantasma sumado a los otros fantasmas personales de cada habitante.

Fue así, que Lucena no obtuvo respuesta, y se dejó caer al suelo.

Instantes después, una ambulancia se detuvo a unos metros de ella, y dos camilleros entrenados para la velocidad y el riesgo, la asistieron.

- Señora? Está bien? Qué fue lo que le pasó? – le dijo el Enfermero Uno a la mujer.

Lucena abrió levemente los ojos, y descubrió su salvador.

- Mi caaasa...

- Ubicaré algún teléfono o dirección. – dijo mecánicamente el Enfermero Dos, y le palpó los bolsillos y encontró una billetera.

- Se llama Lucena Montesano, y vive en la calle Tammerlastro al 500. – dijo, leyendo el documento.

- Okey. Tenemos un caso de pérdida de memoria, pero con una documentación. Figura algo que la relacione con una familia?

- Un papel con un teléfono de un tal Bañez. Una foto familiar donde la paciente sostiene un bebé junto a un hombre trigueño. Es en alguna estación de tren. Por último, un billete de 100 Tammerlinos. – y se acercó a susurrarle al Enfermero Uno – que si no declarás nada, vamos mitad y mitad.

El primer enfermero se incorporó enseguida, y en voz bien alta dijo:

- Tiene familia que la puede contener. Así que la reincorporaremos a su hogar. Un espacio menos que ocupar en el Hospital.

Los transeúntes se habían detenido y acumulado alrededor de la escena. Allí hacían tregua con su fantasma del asalto a cambio del goce y el proyectar la tragedia en el ojo ajeno.

Lucena fue subida a la camilla, y de la camilla a la ambulancia.

De ahí, directo a su casa.

La ambulancia que manejaba el Enfermero Uno se detuvo, a la vez que el Enfermero Dos ayudó a bajar a Lucena.

- Acá tiene sus documentos! Que pase un buen día! – y señaló la casa. – Antes que nos vayamos, quiere que le haga sonar el timbre con alguna clave en particular?...

- Pero... qué es lo que pasa? Nadie me ayuda...

- Que la ayude su marido. Nosotros tenemos cosas que hacer.

Y el Enfermero Dos se montó a la ambulancia, justamente al asiento del acompañante del Enfermero Uno, y ambos salieron al instante, con el vehículo arando.

Lucena miró la billetera que llevaba en su mano.

La abrió y sacó su documento. Supo reconocerse en la foto. Luego alzó la vista a su casa.

Tocó timbre en clave, en un pequeño arrebató de memoria, y aguardó.

Deseaba que la reciba aquel hombre. No lo recordaba, pero le pareció lindo, y hasta con ello explicaría de quien se trataba aquel bello bebé envuelto en la mantilla blanca que también figuraba en la fotografía.

Pero nadie atendió.

La espera se hizo eterna.

Al cabo de dos horas, la mujer sentó en el umbral de la casa, después de haber tocado timbre 37 veces.

- Soy Lucena. Supuestamente vivo acá. Los de la foto son mi familia, o parientes, o un amigo y su hijo... – intentó organizar en su cabeza. – ... y supuestamente debo tener vecinos que me puedan decir de mi vida...

Miró a un lado y otro.

Tocó timbre en la casa de la derecha.

De la misma surgió un anciano de 63 años, llamado Sherwin Malstrok.

- Qué tal, Lucena? Qué necesitás? – preguntó el decrepito y arrogante hombre.

- Necesito que me ayude a recobrar la memoria. – le pidió desesperada.

- Pero, qué pasó?!

Café mediante

- ... y me dejaron en la puerta de lo que usted dice que es mi casa... Eso es todo lo que recuerdo.

El anciano apoyó la taza vacía en la mesa ratona frente al sillón, y avanzó un almohadón hasta ella.

- Yo te puedo hacer acordar un montón de cosas... – dijo relajado, con cierto tono seductor aunque oscuro. - Por ejemplo, te puedo hacer acordar cuando me visitabas por acá, y te llevabas diez pesos.

Y la tomó de un pecho.

Lucena retrocedió.

- Qué pasa?! – dijo ella, asustada como una rata.

- Te doy 15 si me dejás acabarte en esa boquita.

La mujer pegó un salto, y una vez incorporada comenzó a retroceder, camino a la salida. El anciano se puso de pie, pero no tuvo agilidad como para perseguirla. Sin embargo, usó la vieja estrategia de arrinconarla contra la pared.

Una vez que la tuvo cerca, el hombre reposó su aliento en el cuello de Lucena y con un aire perverso insistió:

- Abrite de piernas...

- No... quiero... no...

El hombre le cruzó la cara de un fuerte puñetazo, y para cuando la tuvo en el piso casi inconsciente, le bajó los pantalones y comenzó a penetrarla por la vagina con crudeza.

Lucena no podía moverse. Estaba perdida: por el golpe, por no poder ubicarse, por no poder comprender qué pasaba en su vida y su pasado.

Gimió de dolor. El anciano lanzó una risa miserable creyendo que ella lo disfrutaba. Eyaculó en su interior.

- Quedate tranquila, bonita... - le dijo, acariciándole un pecho vestido – Mis espermias ya no embarazan. Estoy tan viejo que se murieron conmigo.

Lucena comenzó a llorar. Nada cerraba, nada tenía sentido en aquel maldito infierno desconocido, donde nadie la ayudaba, nadie le mostraba un camino. Tan sólo era ella y su nombre, algunos datos perdidos y una vida borrada por completo.

El hombre sacó una moneda de 25 centavos de su desgastado pantalón y se la colocó en el escote de la remera.

- Esa monedita es por el servicio... Cuando necesites plata de nuevo, no te olvides de pasar,... Lucenita.

Y la ayudó a ponerse de pie.

Condujo a la perdida mujer hasta la puerta de su casa, y se despidió de ella con aquella maldita sonrisa, a la vez que le cerraba la puerta en la cara.

- Por qué?... – se preguntó.

Y miró a su alrededor.

Nadie.

Llevó su mano al bolsillo y tomó el papel con aquel número de teléfono.

Perdida por perdida, sacó la moneda de su escote y se encaminó a llamar desde un público.

- Hola! – dijo la voz del otro lado del teléfono.

- Bañez? – preguntó Lucena intrigada.

- Quién habla?!

- Lucena. Quiero verlo. Tuve algunos problemas...

- Cómo mierda puede ser?! – dijo Bañez de un grito. - Si me dijiste a la puta cara que no querías saber nada conmigo!!

El hombre estaba descontrolado. La conocía de aquella vez en que Franky Balbone los había presentado para llevar adelante un trabajo.

- Pero, tengo su teléfono... y no me acuerdo de nada. Necesito que me ayude...

- Vos misma lo dijiste: "no me conocés"... Y si "me conocés" entonces esto es una trampa para grabarme y denunciarme. Pero como voy preso te juro que te mando tres mil tipos a acribillarte. Lo juro!!!

- Por favor, créame! Tiene que ayudarme!

Bañez salió de su jacuzzi, y comenzó a pasearse desnudo por la casa, con el celular a la oreja, mientras su servidumbre trataba de esquivarlo.

- Entonces?... Si en verdad no es una trampa... qué mierda es lo que querés?... Más plata de la que te di por la entrega?

- Qué entrega?

- A-há! Ahí está!... Te pareció poco!

Bañez llegó hasta el cuarto en el que descansaba aquella jovencita que mantenía drogada las 24 horas. Le acercó el pene a la cara, y ella despertó.

- Chupala!

- Qué?! – preguntó Lucena, intrigada.

- A vos no, hija de puta! A esta zorra que se la pasa vagueando.

- De qué entrega hablaba? – retomó la mujer, aferrada a la ilusión de encontrarse con el camino de sus recuerdos.

- De la entrega que hiciste. Al Norte. No te sirvieron los 100 Tammerlinos, carajo?!

- No sé nada de lo que me dice?

- Hacé una cosa: venite a mi casa y hablamos. Esta vez memorizate la dirección...

Y mientras Bañez le pasaba la dirección, eyaculó el rostro de la joven que succionaba desde la cama.

La puerta de la gran casa se abrió violentamente.

Fue el propio Bañez el que atendió. Estaba vestido de bata rosa y con su inmensa barriga peluda asomando de ella. Tenía los labios pintados y los ojos delineados. Su cabeza parecía un inmenso poroto con algunos pelos destellando.

- Pasá, puta! – le dijo sin vueltas.

Lucena agachó la cabeza y se introdujo en aquella comfortable casa.

Bañez avanzó delante de ella, guiándola hasta una oficina. Una vez dentro, el hombre se recostó en un hermoso diván.

- Estoy apurado. Quiero saber de qué mierda se trata esto?

- Un bebé... - alcanzó a decir ella.

- En un segundo te lo traen. Y espero que definas tu situación para la próxima vez.

Todo era realmente extraño. Bañez parecía saber muy bien del bebé.

La pregunta fue: qué bebé?

La respuesta llegó de inmediato, cuando el hombre de la foto apareció con una criatura envuelta en una mantilla.

Lucena no pudo decir nada. Tan sólo se congeló. Los personajes que rondaban en los detalles perdidos de su pasado cobraban vida, y lentamente un sentido.

- La historia es la de siempre. Llevar el bebé a la Estación Dos. Ahí ubican al puto payaso, y él les va a decir donde mierda tienen que ir a tocar

timbre. Acá está tu plata, Lucena – y le extendió un billete, idéntico al que tenía para cuando despertó en la calle. – Agarrá al bebé y vamos...

El hombre de la foto se acercó a ella, y con una sonrisa maldita, le entregó el bebé.

Pero cuando sintió el peso del niño en sus brazos, todo tomó forma, principalmente cuando descubrió el color de la piel de la criatura.

- Está... está...

- Sí, Lucena, estúpida!! – gritó Bañez. – Está muerto! Como todos los bebés que entregás! Está bien muerto, y relleno como siempre de coca pura! Así que quiero que todo funcione bien! Entendido? Ahora, por favor, les voy a pedir si se retiran y empiezan con el teatro de la pareja e hijo...

- Usted es una mierda de persona. De esto se trataba la entrega?

Bañez se puso de pie, la tomó del cuello y la llevó contra la pared. Antes que le diga algo, le lamió la mejilla.

- Escuchame bien, hembrita... Si no te interesa más, no lo hagas. Y desaparecé como siempre lo hacés, con esa maldita memoria que se borra, pero que bien sabe guardarse esa platita en el bolsillo!... No quiero saber de vos hasta que este nenito llegó sano y salvo a la otra punta de Tammerlane.

Abordaron el tren y tomaron asiento.

Lucena clavó sus ojos en aquel inocente, desconocido, desviscerado, utilizado como camuflaje para llevar la maldita mercancía. De dónde provenía? Quién era su madre? Lo habían matado o había muerto por causas naturales?

Y en el rostro eternamente dormido del niño, en su piel gris, en su lenta putrefacción, en esa vida perdida, lo único que ella quiso fue olvidar... olvidarlo.

Pero sin embargo recordó.

Recordó su vida miserable, sus angustias, su soledad, la falta de dinero. Recordó a su amigo Balbone presentándole a Bañez. Recordó el primer bebé, y al siguiente, y al siguiente, y a todos aquellos que siempre había querido olvidar y negar, pero que finalmente recordaba como para volverse a sentir tan miserable.

Todo por el maldito dinero, todo por los malditos cien Tammerlinos que nunca ayudaban, siquiera llegaban a ser usados, y que como todo, se perdían en aquel círculo infinito del infierno que creaba la conciencia.

Cuando arribaron la Estación Dos, el hombre de la foto señaló a un lado, al andén: un hombre vestido de payaso tomaba fotos instantáneas por cinco pesos. Se hallaba molestando a una ocasional pareja que pasaba por allí.

Llegaron hasta él.

- Les dejo un recuerdo imborrable de la llegada al Norte de Tammerlane! Nunca se van a arrepentir!! En la Calle Comercial se las sacan por diez pesos!

La mano del hombre tocó el brazo del fotógrafo.

- Quiere una foto? – preguntó feliz el infeliz.

- La entrega de Bañez. – y señaló con los ojos al bebé.

- Oh, sí! – dijo el payaso, saltando de un lado a otro, y susurró. –

Disimulen conmigo...

Enseguida tomó la pose y les tomó la foto.

La pareja quedó congelada con aquel niño muerto en brazos.

- Calle Tam 47, número 5402... Tome señorita. – y le entregó la instantánea - Acá tiene su foto.

Antes de la despedida, el payaso bailó como de costumbre, y se acercó al niño para besarle la cabeza.

- Ustedes si que tienen un bebé lindo! Medio "seco" de personalidad, pero lindo al fin.

Regresó a su zona de Tammerlane, lejos de aquel Norte maldito.

El cerebro de Lucena no era otra cosa más que un baño de dolor, de desesperación, de angustia. En su mano llevaba la foto, que había perdido en el camino anterior de siempre.

Desvariaba, hablaba sola. Trataba de entenderlo, pero aquel pecado era digno de ser olvidado.

Pero no podía.

Se detuvo en la peatonal, y se llevó la foto al bolsillo. Miró al vacío.

Una vez, tiempo atrás, su miserable vida la llevó a un acto miserable donde vendió su cuerpo y alma a un vecino, de la misma forma que vendió a una criatura desdichada a un puñado de distribuidores.

Un destello: pensó en narices consumiendo la droga misma que había viajaba en la panza de la criatura.

La angustia...

A veces, el dinero podía servir para concretar cierta paz. Pero, de qué servían aquellos cien malditos Tammerlinos, si su presente siempre iba a ser denso, sumergido en esa anécdota con remordimientos.

Basura. Basura era lo que se sentía.

Y una vez más, sin nada por hacer, Lucena se dejó vencer por el dolor, por la locura y por la culpa, y cayó al piso.

Cerrando los ojos. Cerrando los ojos.

Si bien intentó olvidar, tiempo después, al despertar se reencontró una vez más, como siempre y por siempre, en su infierno personal.

FIN